

Mercedes Méndez

Mertxe Carneiro Bello



Parecía muy sencillo hablar de tí.

Yo creía que al ponerme delante de la máquina los recuerdos fluirían de manera natural y que, incontenibles, iban a llenar poco a poco todas las páginas que quisieran llenar. En mi ingenuidad, estaba convencida de que serían como esas aguas subterráneas que habiendo hallado la forma de escapar de las sombras buscan refugio en el valle para formar en él, tras la inevitable crecida, un lago transparente y azul. Pero el tiempo ha ido pasando y en mi cabeza, o en mi corazón (cualquiera sabe), el secano más espantoso me ha demostrado, una vez más, que la vida es un fraude a gran escala. Que los lagos azules no existen, que sólo son reflejo de los caprichosos humores del cielo. Y mi cielo, hoy por hoy, no tiene más tono que el de la turbiedad.

Parecía muy sencillo hablar de tí.

Pero, en cambio, me encuentro asomada a mi interior, ominosa espía de mí misma, acechando el menor signo de vida. No veo nada. Está todo oscuro y no veo nada. Vuelvo afuera y compruebo que me espera un amigo que he hecho en estos días y que es como un *crystal empañado de risas, de palabras y sollozos del árbol*, que dijo Lorca. El silencio, apacible presencia, me acoge compasivo y me ofrece el atrio sosegado de sus brazos para que pueda disimular en él mis estruendosos e irreverentes vacíos. Me he convertido en niebla, en agotado trasunto de mi propia historia. Estoy sufriendo la interposición de un cuerpo extraño que me deja en la sombra, y no veo necesidad alguna de escapar porque me siento extrañamente protegida del monstruo que corretea más allá de mi eclipse.

Parecía muy sencillo hablar de tí.

No debía ofrecer mayores complicaciones abordar la semblanza de un ser humano tan próximo y tan querido. Así lo pensé en los primeros días de tu ausencia, cuando proyectaba dedicarte un trabajo que glosara lo que había sido tu mundo. Me dije que, en cuanto dejara atrás todo aquel ajeteo, escribiría sobre tu persona.

En cambio, no hago otra cosa que martirizar el teclado, escribiendo y borrando, borrando y escribiendo sin que asomen por ninguna parte la niña nerviosa y alegre, o la joven que cantaba tangos y adoraba la poesía, o la mujer que fue madre y amaba el *adaggio* de Albinoni, o la viejecita que odiaba que la llamaran así... Ni están ellas ni estoy yo. Y mi ausencia es esencial, que aquí queda un ser que se limita a cumplir con sus ritmos y su calendario.

Parecía muy sencillo hablar de tí.

Pero, cuando te recuerdo, sólo veo aquella cama del hospital y tu agonía. Cuando te recuerdo, sólo oigo tus últimas palabras conscientes (*¡Qué pronto, Dios mío, qué pronto!*) y sólo siento el frío de tus manos de alabastro, inermes ya entre mis manos. Cuando te recuerdo, vuelven aquellos pasillos blancos por donde yo arrastraba los pies y la esperanza. Y aquel viento huracanado tras la ventana, que intentaba vanamente acallar tus estertores, vuelve también para decirme que te venció al final. Cuando te recuerdo, me veo gravitando en la órbita de estos fantasmas sin que pueda en modo alguno liberarme. Sin que me sea posible recuperar el instante anterior, ahí donde convivían aún la viejecita, la mujer, la joven y la niña.

Y parecía tan sencillo hablar de tí, ama.